

ruda resistencia oligárquica ó tiránica, ó algunos invencibles obstáculos locales, podían por su impulso personal y sin mandato oficial alguno, influir con su autoridad personal, con sus excitaciones y con sus consejos, oponiéndose allí donde podían, directa ó indirectamente, á la política de Filipo y creando en lo posible un nuevo ejército contra el rey macedónico.

En cambio, los trabajos que efectuaban en Atenas tendían á la ofensiva, á fin, por un lado, de ganar terreno en la Bula y en la Iglesia en favor de su política, y por otro, de poner fuera de combate, por medio de los procesos, tan frecuentes y aceptados en el Atica, que se instruía á consecuencia de los últimos acontecimientos, á los partidarios de Filipo. Estos se hallaban fraccionados en varios matices. Los representantes del partido que quería á toda costa la paz, á cuyo frente se encontraba Eubolos, y al cual se había afiliado últimamente el anciano Isócrates, servían quizás sin quererlo, los intereses y los planes del rey de Macedonia. Isócrates había obrado así con el afán de establecer una constitución ideal, que favorecía los vastos planes del macedónico de un modo ardientemente deseado por este. Había perdido Isócrates todas sus esperanzas en el porvenir de Atenas y veía en Filipo al hombre á quien estaba encomendada la misión de unir á los helenos y de reanudar con éxito la guerra nacional contra los Aqueménidas.

Había otros que eran los que menos se movían y los más peligrosos para Atenas, á saber: los partidarios inmediatos y conscientes del rey, que dificultaban en el exterior los trabajos del partido nacional. Un Estado como Atenas, cuya democracia no funcionaba solamente en asambleas parlamentarias limitadas, sino que trataba las grandes cuestiones de Estado en reuniones generales públicas y en libres debates, tenía en todas circunstancias que luchar desventajosamente con un hombre de Estado que era á la par príncipe soberano y esforzado general, y que, guiado solo por su voluntad y por su penetración, dejaba madurar en el fondo de su alma los planes y las decisiones, de cuya realización no era ante nadie responsable, y cuya ejecución no debía disputar á ningún otro.

En Atenas, como en los demás puntos de Grecia, tenía, Filipo agentes que le informaban de cuanto se resolvía referente á la Macedonia y á los intereses áticos. Además, sus partidarios propiamente dichos, los célebres oradores que estaban á su servicio, pues el mismo Esquines se había rendido á sus dádivas, los muchos demagogos, y los aventureros de la peor especie hacían una ruda oposición á todas las empresas del partido nacional ático.

Una de las figuras más interesantes de este último grupo era el renombrado Demades, orador popular de gran influencia, hijo de un navegante, que después de haberse dedicado á la construcción de buques y á la marina, aprovechando sus extraordinarias dotes naturales oratorias, se había educado prácticamente, sin instrucción científica alguna, llegando á ser un polemista y un improvisador elocuente. Burlon en extremo, largamente recompensado por la corte de Pella, y sin principio moral alguno, no era, sin embargo, de los más perversos adversarios del partido nacional. Mucho más perjudicial y más molesto para este fué, por desgracia, el tener que luchar con uno de los hombres más estimados personalmente en Atenas. Aquel excelente discípulo de Cabrias, Focion, que contaba entonces 56 años y era uno de los más famosos oficiales del Estado, sin estar por esto dotado de extraordinario aliento y de importantes dotes, hubiera podido ser altamente útil al partido nacional, pues por su austeridad moral, por la pureza de su vida, por su estricto cumplimiento de los deberes y por su sencilla independencia, podía compararse con Licurgo. Como Demóstenes no era militar,

no tenía á su lado hombres como Jenofonte ó Ificrates, y contaba únicamente con Cares que, á pesar de sus muchos defectos políticos y personales, era un valiente soldado y un excelente jefe de mercenarios, pero no tenía aptitud estratégica suficiente para dirigir una gran guerra, especialmente contra Macedonia. Por desgracia Focion, como soldado austero, consideraba con desprecio la aptitud militar de los atenienses; creía imposible que Atenas llevara á cabo su empresa; no podía comprender el idealismo de Demóstenes; juzgaba una quimera el intentar renovar los brillantes tiempos del poder del pueblo ático; y solo veía asegurado el porvenir de Atenas entrando en pacíficas relaciones con Filipo. Sus discursos tendían, pues, á la paz conseguida á cualquier precio, y seducían á los pusilánimes y al partido adicto á Filipo.

A pesar de todos estos obstáculos, consiguió el partido nacional ganar poco á poco terreno en la burguesía y aun en algunos puntos contraestados poderosamente las maniobras del incansable Filipo, el cual á partir del otoño de 346, había fortalecido y extendido su poder, aumentando su escuadra, completando su material de guerra, construyendo nuevas ciudades estratégicas, organizando su Estado, en una palabra, no dando punto de reposo á su espada ni á sus poderosas armas diplomáticas. Además, había entablado negociaciones con distintos elementos descontentadizos, así griegos como asiáticos, de las playas occidentales del imperio persa. En 345 consiguió grandes victorias sobre los ilirios, dárdanos y tribalios, y en 344 fortaleció en Tesalia la dominación macedónica. En el propio año dirigióse contra el Peloponeso, donde, por un lado, la aristocracia de Elis, ayudada por los arcadios, luchaba con el partido popular, que nuevamente se había levantado y que estaba protegido por un ejército de antiguos mercenarios de Faleco; y por otro los choques que los espartanos habían tenido con sus antiguos enemigos, habían inducido á los caudillos de Mesene, Megalópolis y Argos, á solicitar de Filipo dinero y soldados. Una tentativa que hizo entonces Demóstenes para atajar los progresos del macedonio, fracasó por completo, á pesar de lo cual logró evitarse la expedición armada de Filipo contra la península; pues Esparta firmó un armisticio, en virtud del cual pudo Arquidamas, en 343, dirigirse á Tarento.

En cambio los atenienses consiguieron, por fin, en 343 algunas victorias. Ciertamente que en Elis, cuyos demócratas y mercenarios habían perecido en luchas sangrientas, la oligarquía triunfante se alió íntimamente con la corte de Pella; pero por otro lado fracasó completamente el intento del rey que pretendía, con auxilio de los oligarcas, á quienes prestó mercenarios, conquistar la rica y estratégica ciudad de Megara; pues el auxilio que esta esperaba de Atenas, le fué enviado á toda prisa, pudiendo en su consecuencia Demóstenes firmar una alianza formal entre Atenas y aquella población vecina, de la cual la había separado hasta entonces una antigua enemistad. El gran ateniense logró, también, durante el invierno de 343 á 342 la alianza de Calcis, mientras Filipo se atraía las ciudades de la isla de Eubea, y aseguraba con gobernantes á él adictos las plazas de Eretria y Oreos, que guarneció con mercenarios macedónicos.

Cuando Filipo por el mismo tiempo se dirigió en persona hácia el Epiro para atacar al tío de su esposa Olimpia, el príncipe moloso Aribbas, poner en su lugar en el trono á su cuñado Alejandro, que contaba entonces veinte años, hacer alianza con los etolios y amenazar las ciudades de Ambracia, Leucades y Acarnania, opúsose Atenas á su paso, constituyéndose protectora del derecho de Aribbas, enviando embajadores al Peloponeso y al Occidente, y lanzando un cuerpo de ejército contra la Acarnania. A consecuencia de esto, apresuróse Filipo á regresar á Pella, no sin haber fortificado

en 342 los alrededores de las Termópilas, y sin haber dotado á Tesalia de una constitución, en virtud de la cual esta comarca se vió convertida en provincia macedónica.

XII.—PREPARATIVOS PARA LA ÚLTIMA GUERRA DE ATENAS CONTRA FILIPO. ÉXITO DESGRACIADO DE FILIPO EN PERINTO Y BIZANCIO

Las relaciones entre Filipo y los atenienses se hacían, pues, cada vez más tirantes, y la opinión de la burguesía ática era que fracasarían en lo sucesivo todas las tentativas que hicieran su gran enemigo y los aliados que en Grecia contaba, para aniquilarlos diplomáticamente. De esta tirantez resultó la última campaña entre Atenas y los Argeadas.

Filipo había comenzado en 342, con toda su energía, á conquistar la comarca tracia que se extendía hasta el mar Negro, á fin de tener una base para la guerra persa que entreveía en el porvenir, y de apoderarse del Bósforo y de la Propóntide, con lo cual tendría en sus manos el trasporte pónico de cereales, del cual dependía el aprovisionamiento de Atenas. Cuando el rey, después de grandes batallas, pudo conquistar el territorio del Hebro, fundar por todas partes plazas fuertes y llegar en 341 hasta el mar Negro, después de haber hecho entrar en su alianza á varias ciudades griegas de la costa, la oposición que Perinto y Bizancio hicieron á la soberanía que sobre ellas pretendía tener, fueron la mecha que encendió la gran guerra helénica.

Por aquel mismo tiempo ocurrió el público rompimiento con Atenas. El estratego ático Diopites, hombre enérgico que desde el año 343 fortalecía y regentaba la clerusia ática en el Quersoneso, había comenzado en 342 una lucha con los griegos de Cardia. Cuando Filipo envió á estos protegidos suyos algunas tropas de auxilio que prestaron el servicio de las guarniciones, Diopites, mientras aquel operaba en la Tracia superior, invadió con éxito el territorio tracio de la Propóntide que hacia cinco años se encontraba en poder de Macedonia. Filipo, en vista de este atrevido golpe de mano, que había sido llevado á cabo siguiendo el mismo sistema de sorpresas que hacia tantos años venía él usando contra los atenienses, produjo sus quejas en Atenas, pero la Iglesia tomó una decisión definitiva. Demóstenes creyó llegado el momento propicio de romper abiertamente con Macedonia, y su elocuencia consiguió entonces un triunfo completo. El partido de Eubolos y de Filipo fué derrotado en toda la línea; la conducta de Diopites, que se había excedido de sus atribuciones, mereció universal aprobación, y se resolvió, como es de suponer, que quedaban rotas las relaciones diplomáticas con la corte de Pella.

En este estado se encontraban las cosas en marzo de 341; algún tiempo después, es decir, en junio del propio año, pronunció Demóstenes su tercera filípica, haciendo las siguientes proposiciones: prepararse para la guerra; contener á Filipo en el Bósforo y ganar para Atenas una serie de fuertes alianzas, ó por mejor decir, crear una liga helénica que se opusiera enérgicamente á los planes del rey de Macedonia.

El ardiente lenguaje del gran hombre de Estado produjo sumo efecto en Atenas: el partido de Eubolos estaba completamente vencido, y Demóstenes y sus adeptos recibieron los poderes de la dirección del gobierno y encontraron grandes simpatías en muchos puntos de la Grecia. Lo primero que debía hacerse era lograr alianzas provechosas: á este fin, Demóstenes en persona consiguió en el verano de 341 realizar la difícil tarea de restablecer la paz, la amistad y la alianza entre Atenas y las ciudades de Bizancio y de Abidos que hacia años estaban con ella enemistadas. La tentativa de Eñaltes, que fué enviado á Susa para entablar negociaciones con la Persia, fracasó ante el orgullo del rey, y ante la antipatía que profesaba á los atenienses, enemigos desde muy

antiguo de los intereses persas. En cambio Hipérides consiguió animar á los chiotas y rodios para la defensa eventual de Bizancio, y en la misma Grecia obtuvieron excelente éxito las proposiciones de Atenas. Después de haberse aliado con el gobernante de Calcis, Calias, que en 341, auxiliado por Atenas y Megara, pudo arrebatarse á Filipo la ciudad de Orcos, emprendió Demóstenes un viaje al Peloponeso y á las comarcas occidentales, que no produjo grandes resultados. Esparta quiso permanecer ajena á esta contienda, porque en aquel mismo tiempo tenía sus fuerzas comprometidas en Tarento. Los lugares de Elis, Mesene, Megalópolis y Argos, que estaban en poder de Filipo, no tomaron las armas contra sus conciudadanos. La liga contra Macedonia la formaban Corinto, los aqueos, los acarnanos, Corcira, Ambracia, Leucades, los eubeos, los megarenses y los atenienses, habiéndose constituido en Atenas, el día 9 de marzo del año 340, la alianza para la guerra, cuya dirección fué confiada á Atenas, y para la cual se acordaron los medios necesarios de formar una escuadra y un ejército. Por todas partes se despertó el sentimiento nacional, siendo no poca ventaja que, una vez expulsados de Eretria los filipistas, á mediados de 340, toda la Eubea entró á formar parte de la liga.

El golpe decisivo debía venir del Bósforo, pues la principal fuerza estaba incontestablemente en el campo de Filipo. Cuando éste hubo completado sistemáticamente sus conquistas tracias, trató de apoderarse de la ciudad de las agudas flechas y del Cuerno de Oro, para asegurar por el Sudeste las fronteras de su imperio.

Durante el verano del año 340 dirigiéronse sus falanges hácia la Propóntide y atravesaron el Quersoneso ático, protegidas por la escuadra macedónica. El primer ataque del rey fué para la poderosa Perinto, aliada con Bizancio, contra la cual se arrojó con energía; pero la perseverancia de los defensores y la excelente situación de la ciudad le impidieron conseguir su intento: cuando los perintios recibieron considerables refuerzos de Bizancio y del sátrapa dascilio Arsites, que no obraba por mandato de la corte de Susa, y pudieron por consiguiente rechazar un asalto general, desistió Filipo de la lucha y se dirigió con la mayor parte de su ejército contra Bizancio (otoño de 340), mientras Antipatro seguía bloqueando á Perinto. La gran ciudad del Cuerno de Oro se vió entonces en gran peligro; pero pronto debía ser socorrida. Los atenienses estaban tan irritados por la marcha de Filipo al través del territorio ático y por el apresamiento de navegantes griegos por los corsarios macedónicos, que después de un corto cambio de notas, se decidieron á declarar la guerra. Cares, con 40 buques y un ejército de mercenarios, fué enviado al Bósforo; y mientras algunos otros helenos, especialmente los de Chio, Cos y Rodas les enviaban refuerzos, Cares y los bizantinos consiguieron una gran victoria sobre la escuadra macedónica y penetraron en el mar Negro, en tanto que la escuadra ática anclaba en Crisópolis y conservaba para los griegos el Bósforo y la ruta marítima de Bizancio, en cuya ciudad el platónico Leon era el alma de la oposición. En un principio Filipo, para rendir á esta ciudad, apeló á toda la fuerza y perseverancia de su ejército y á todo el arte de su ingeniero tesálico; pero la resistencia que la población opuso fué invencible y se aumentó aun considerablemente cuando los atenienses en febrero del año 339, le enviaron una segunda escuadra y tropas de refresco, capitaneadas por Focion y Cefisofonte. Filipo consideró perdida su causa en este punto. Viendo fracasada su astucia para burlar la vigilancia de los almirantes áticos ó por lo menos desorientarlos, con lo cual hubiera podido fácilmente transportar su escuadra al Helesponto, hizo una amenazadora demostración contra las posesiones áticas del Quersoneso, entró

en tratos con los chiotas y rodios, y aparentó querer conseguir por su mediación la paz con Bizancio. Pero apenas vió que su escuadra se hallaba ya á salvo en el Hejesponto, rompió todas las negociaciones, juntó todas las tropas que se encontraban frente á Perinto y Bizancio, y penetró en el Norte de Tracia.

XIII.—REFORMAS DE DEMÓSTENES Y PROBABILIDADES DE ÉXITO. GUERRA LOCRENSE

Demóstenes había obtenido un triunfo completo; pues había derrotado indudablemente al rey macedonio en un punto muy importante de la Grecia y de la política general de aquella época, además de que, desde el rompimiento de las relaciones diplomáticas con Macedonia y una vez destruido el sistema de Eubolos, pudo llevar á cabo en Atenas importantes reformas. Apenas declarada la guerra á Filipo, el demos ático había concedido al grande hombre de Estado extraordinarios poderes y le había nombrado *director de la marina*. En tal situación, pudo no solo plantear las reformas militares necesarias, con una energía y una actividad que recordaban los mejores tiempos de la dominación marítima ática, sino también llevar á cabo una reforma de las simmorias trierarquicas, que hacia mas de catorce años deseaba ardientemente. En este sentido destruyó muchos abusos y especialmente la costumbre en virtud de la cual los ricos capitalistas, que, según el sistema antiguo podían y solían tener una trierarquia propia, hacían pesar la mayor parte de las cargas sobre la clase media menos acomodada. Los presidentes de las simmorias repartían los gastos de los aprestos marítimos entre los miembros de cada círculo contribuyente, sin tener para nada en cuenta la diversa riqueza de sus individuos, de suerte que mientras los ricos se veían gravados con gabelas para ellos insignificantes, las personas menos acomodadas tenían que pagar cargas relativamente exorbitantes que ocasionaban las mas de las veces su ruina; sistema muy perjudicial para el bienestar de la nación.

Para remediar este mal, Demóstenes, á pesar de la gran oposición que le hicieron muchos capitalistas, introdujo la mejora de tasar los bienes de los atenienses pertenecientes á cada trierarquia, á fin de saber las prestaciones que les correspondían, y de que despues unos funcionarios especiales determinasen la proporción en que cada cual debía contribuir á las cargas públicas. Los 300 miembros mas ricos de las simmorias debían ser trierarcas independientes: el que poseía diez talentos debía armar por sí solo un buque, cuyos gastos importaban de 19,500 á 23,550 reales. El aumento de contribuciones obligó á cargar sobre una trierarquia el exceso que otra no podía pagar.

Algunos capitalistas tenían que pagar dos y tres buques; los que poseían menos bienes formaban grupos, cada uno de los cuales debía proporcionar una trirreme, cuyos gastos costaban á prorata las miembros del gremio.

Este nuevo sistema produjo excelentes resultados en la guerra que amenazaba á los atenienses. Demóstenes hizo mas, pues á mediados del año 339 proporcionó recursos suficientes para la continuación de la lucha.

El sistema de Eubolos estaba de tal manera desprestigiado, que ya ningún obstáculo se oponía á la inversión de importantes sumas sacadas de la caja de las teorías para los gastos de la guerra. Eubolos, sin embargo, había aplicado aquellos fondos, como hemos visto, á cosas altamente útiles: pues no solo se había aumentado extraordinariamente desde 347 la escuadra hasta 300 buques, sino que se habían construido puertos y astilleros, y se había comenzado, bajo la dirección del ingeniero Filon, un arsenal marítimo, para el cual habían tenido que pagar los ciudadanos y los metecos diez talentos

anuales. Todas estas construcciones quedaron suspendidas, los fondos á ellas destinados pasaron á la caja de la guerra, y se dispuso además, que todos los excedentes consignados para las fiestas se empleasen en el objeto entonces mas urgente para los atenienses, es decir, en los gastos que la guerra traía consigo. Las elecciones nuevas del verano de 338 dieron un poderoso auxiliar á Demóstenes, nombrando tesorero mayor á su fiel amigo Licurgo.

La gestión económica de éste fué muy provechosa para Atenas; pero la noble elevación del pueblo ático y la destrucción completa del sistema de Eubolos, solo se consiguieron diez años mas tarde. El triunfo de la política de Demóstenes en Bizancio fué glorioso; pero no podía ser explotado. Ciertamente á la escuadra ática le era fácil bloquear las costas macedónicas y aun tentar algunos golpes de mano en el interior del territorio, pero ¿cómo era posible resistir mucho tiempo á la superioridad de los medios de reserva con que contaba Macedonia? Y además, ¿de dónde habían de sacarse las fuerzas de tierra con que acometer las comarcas centrales de la potencia enemiga? Durante diez años Demóstenes había luchado como un héroe, contra viento y marea. Tenía ya la guerra que tanto había deseado; había realizado extraordinariamente á su pueblo, y se hacían todos los preparativos para la gran lucha que debía decidir del porvenir de Grecia; sin embargo todo esto se había hecho demasiado tarde. Solo debía quedarle á aquel grande hombre de Estado el consuelo de poder cerrar la historia del antiguo esplendor de Atenas con una gloriosa derrota.

Ya á mediados del año 339 pudo notar con temor el partido nacional ateniense, que Filipo había encontrado medios, por una parte, para destruir en su ejército y en el mundo, así griego como bárbaro de la península de los Balkanes, el efecto moral de las derrotas de Perinto y Bizancio; y por otra para utilizar, por las vías diplomáticas, la misma mala situación en que la horrible guerra focense le había colocado, como fuente de una serie de calamidades que habían de ser la desgracia de los helenos aun independientes.

Filipo, al llevar á su ejército desde los campamentos de la Propóntide y de Bizancio hacia los Balkanes, ejecutó una maniobra en extremo hábil: al llegar allí, libró junto al Dobrutscá una sangrienta batalla con los escitas, cuyo ejército quedó destruido; y sus falanges y escuadrones de caballería, á mas de adquirir gran fama y de apoderarse de un rico botín, lograron que el imperio macedónico extendiera sus límites hasta las oscuras aguas del Danubio. Dirigióse luego hacia el Oeste, atravesando las comarcas que hoy conocemos con los nombres de Bulgaria y Servia; derrotó en un reñido combate á los tribalios, tan temidos desde antiguos tiempos, y marchando despues al Norte, al través de las fuentes del Axios, llegó durante el verano de 339, á su residencia real de Pella, al cabo de tres años de ausencia. Pocas semanas pudieron descansar él y sus endurecidos veteranos; pues en octubre del propio año fueron llamados por Delfos para una expedición que les ofrecía grandes probabilidades de tomar en la llanura de Beocia el desquite de Bizancio.

Una combinación verdaderamente diabólica, siniestra y apasionada había favorecido en este punto, desde la primavera de 339, los intereses macedónicos. Mientras el pueblo de Atenas y sus excelentes caudillos consumían toda su energía en salvar á Bizancio, una débil asamblea electoral convocada á principios de marzo, cometió, gracias á una sorpresa, la falta política de nombrar, entre otras personas menos importantes, al filipista Esquines para el cargo de diputado en la asamblea anfictiónica que durante la primavera debía reunirse en Delfos. Una vil intriga de los tebanos indujo á los representantes de los locrios ozolios de Anfisa á pedir

en el consejo de los Anfictiones un ejemplar castigo para Atenas, por haber colocado en el reconstruido templo de Delfos algunos escudos dorados procedentes del botín que en Platea había conquistado á los tebanos y á los persas. Esquines, que tomó la palabra en nombre de Atenas, rechazó con tanta elocuencia la acusación, que no fué aceptada. Pero llevado del deseo de venganza, ó por mejor decir, ciego é inconsciente instrumento de la política de Filipo, no se contentó con este triunfo de su oratoria, sino que recordó que los anfisios se habían apoderado últimamente de una parte de los bienes de antiguo pertenecientes al templo, en la llanura de Cirrhá, de la cual sacaban gran provecho. Su discurso fanatizó de tal manera á los Anfictiones y al pueblo de Delfos, que á la mañana siguiente acudieron muchos para sorprender y devastar las posesiones de los anfisios; pero al emprender el grupo de sediciosos la retirada, fueron diezmados por los enfurecidos ciudadanos de Anfisa.

Los Anfictiones, deseosos de vengar lo que ellos llamaban una crueldad, convocaron una reunión extraordinaria en las Termópilas, en la cual los representantes de los diversos Estados debían dar cuenta del espíritu que animaba á su patria en punto á una guerra de venganza contra Anfisa. Demóstenes consiguió que Atenas no estuviere representada en esta asamblea; y los tebanos, entre los cuales, á pesar de los manejos de los filipistas, existía un fuerte partido que veía con malos ojos, desde el año 346, la política de Filipo, no quisieron saber nada de esta guerra religiosa y no enviaron tampoco representante alguno á las Termópilas. A pesar de esto, el cuerpo de los Anfictiones se atuvo á la proposición bélica, y en verano de 339 inauguró impetuosamente la guerra contra Anfisa el tesalio Cotifo de Farsalia; mas no habiendo obtenido sus operaciones éxito alguno, la mayoría de los Anfictiones que asistieron á la asamblea celebrada en octubre del propio año, y que eran adictos á la Macedonia, decidió confiar al rey Filipo la dirección de esta guerra religiosa. Así la astuta y fatal intriga produjo los resultados por sus autores apetecidos.

Filipo se apresuró á dirigirse con su ejército hacia el Sur. Los locrios, en el entretanto, habían hecho también sus preparativos, reclutando mercenarios y poniéndose en relación con Atenas, que les auxilió con 10,000 hombres mandados por Cares, que habían sido alistados para defender los intereses áticos. La astucia de Filipo consiguió engañar á los caudillos de los mercenarios de tal suerte que los macedonios pudieron atravesar libremente los pasos de la Lócride que formaban las montañas del Parnaso y del Corax. Filipo derrotó al ejército enemigo, se apoderó de Anfisa y la destruyó, penetró hasta Naupactos, conquistó esta plaza y la cedió á sus aliados los etolios: dirigióse luego nuevamente hacia el Este, apoderándose de la posición mas importante, bajo el punto de vista estratégico, de la Grecia central, á saber de Elatea, situada en la cuenca del Cefiso focense, que le aseguraba el camino de las Termópilas, y el paso de la Lócride ozólica y de la Beocia; y una vez allí esperó á recibir los auxilios que debían enviarle Antipatro de Macedonia y los tesalios.

XIV.—FILIPO EN ELATEA. BATALLA DE QUERONEA Y SUS CONSECUENCIAS

Esto acontecía á principios del año 338: la noticia de estas victorias del rey dió á conocer claramente á los atenienses las intenciones que á aquel guiaban. El espanto que de ellos se apoderó es indecible, mas, repuestos prontamente, confiaron en la dirección de Demóstenes, cuyas proposiciones fueron en seguida aceptadas. Los estrategos fueron revestidos de plenos poderes: una comisión compuesta de diez indivi-

duos, al frente de los cuales se puso el grande hombre de Estado, debía cuidar, junto con los generales, de la salvación del Atica. Todo el ejército de los ciudadanos fué llamado á las armas y enviado á Eleusis. Demóstenes en persona, y otros embajadores dirigiéronse á toda prisa hacia Tebas para firmar con esta ciudad una alianza contra Filipo, encontrándose allí con una embajada de éste, que también solicitaba de los tebanos una alianza contra Atenas. El rey macedonio aseguraba á los de Tebas la neutralidad si le permitían pasar por su territorio para dirigirse al Atica; pero Demóstenes, ante la asamblea popular beocia, convocada en Tebas, consiguió, á fuerza de elocuencia y de patriotismo, derrotar por completo á sus enemigos y decidir á los beocios á que aceptasen todas sus proposiciones. Resolvióse entonces que ambos Estados se defenderían mutuamente para conservar sus respectivas posesiones: Atenas reconoció á Tebas como la capital de Beocia, y una y otra ofrecieron á los infelices focenses la paz y la reconciliación, hicieron volver á sus hogares á los expatriados y acordaron la reconstrucción de las ciudades focenses que habían sido destruidas por acuerdo de los Anfictiones. Para sufragar los gastos de la guerra se dividieron estos en tres partes, de las cuales debían satisfacer dos Atenas y una Tebas: respecto del mando, decidióse que por mar lo ejercerían ambos Estados y por tierra solamente Atenas.

En tal estado las cosas, dominando Demóstenes en Tebas y viéndose Filipo detenido tan inoportunamente en las montañas de la Fócide, comenzaron á hacerse grandes preparativos por parte de los griegos. La generalidad de los peloponesios no se había declarado por ninguno de los combatientes; pero los nuevos aliados de los atenienses aprestaron dinero y tripulaciones, los focenses desterrados regresaron en masa á su patria, y en la parte septentrional de aquel cantón comenzaron á reconstruirse las murallas de las ciudades, siendo muchísimos los guerreros focenses que en la batalla de Queronea lucharon contra Filipo.

El sentimiento patriótico de los griegos se mantuvo entonces en todo su vigor, gracias á la dirección de Demóstenes, contra toda consideración perjudicial, contra toda sospecha mezquina y contra todo triste pronóstico, y resistió las tentativas de Filipo, que procuraba por medio de negociaciones de paz, dirigidas por Focion, dividir á los aliados y debilitar su ardor guerrero. Cuando todo estuvo preparado, dirigióse el ejército ático hacia Tebas, reunióse con el de los beocios y obstruyó á los macedonios los pasos del Cefiso que conducían desde la Fócide á Beocia. La situación de Filipo llegó á ser bastante desagradable, especialmente despues que los griegos lograron derrotarle en dos importantes batallas. Con el tiempo, sin embargo, presentáronse dos circunstancias fatales para los griegos, á saber: que el ejército de estos se componía de un cierto número de contingentes de los aliados y que sus audaces generales, Teágenes de Tebas y Stratocles, Cares y Lisicles de Atenas, no estaban ni como estratégicos, ni como tácticos, á la altura de Filipo y de los suyos.

Cuando Filipo recibió los refuerzos de Macedonia, de Tesalia y de los pueblos montañeses del Norte de Grecia, aliados suyos, envió una parte de sus tropas á los pasos de las montañas y en dirección á la Beocia septentrional y oriental, en donde se entregaron á los mas punibles excesos. Al tener noticia de ellos los caudillos tebanos, se dirigieron al Este para defender su cantón, y entonces pudo Filipo obligar á los demás griegos á que abandonaran los codicia-dos pasos.

No se hizo esperar la batalla decisiva, que se libró en 2 de agosto del año 338, en la llanura que se extiende junto á la ciudad beocia de Queronea, batalla para la cual ambos